



TODAVÍA FREUD

Y lo demás es literatura

06/03/2022 06:00

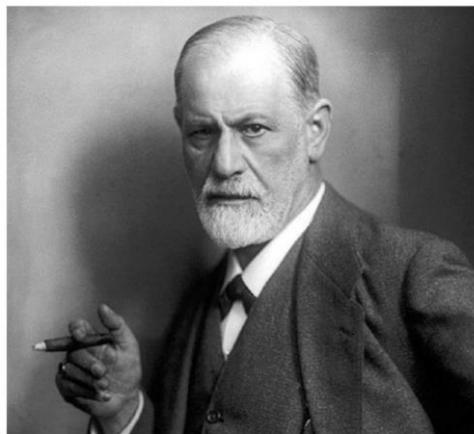
[\(Este artículo fue publicado en La Vanguardia el 21 de enero de 1973\)](#)

Desde luego, y para aclarar un poco las cosas, no bastaba con apuntar unas cuantas sospechas elementales acerca de lo escasamente “científicos” que fueron los supuestos empíricos y las teorías subsiguientes de Sigmund Freud. Este es el asunto de fondo, sin duda. Ya le dediqué unas líneas, semanas atrás, en esta misma página. Pero convendría ir al examen de otros datos conexos, concretamente “anecdóticos” —es decir, “históricos”—, que puedan proyectar más luz sobre el particular. El tema lo merece. Porque, contra lo que llegue a creer algún lector suspicaz, mi alegato no trata de negar importancia a ese extraño, sugestivo, abigarrado fenómeno cultural que es el Psicoanálisis. Ni mucho menos.

Freud y sus secuelas han influido de manera notoria en la vida colectiva del área occidental y ex cristiana. Y no por su eficacia en curar neurosis, precisamente. De eso, nada: o casi nada. Pero sí contribuyeron a conmovier, o a demoler, las rutinas pacatas de la herencia victoriana, y hasta dieron pie a una especulación lírica tan útil y admirable como el Surrealismo. A menudo, los comentaristas doctos han tendido a establecer una fácil referencia emblemática, a base de una especie de trinidad revolucionaria, juntando a Marx y a Einstein con Freud. Un siglo más bien corto acumuló tres revulsiones doctrinales profundas: en lo económico-social, en lo físico-matemático y en lo psicológico-blablablá. La sociedad europea todavía no ha logrado digerirlas. Y por eso Freud continúa siendo materia propicia a la reflexión.

Ciertamente, quien primero relacionó estos tres nombres no lo hizo a humo de pajas. Con indiscutible malevolencia, deseaba subrayar la circunstancia de que Marx, Freud y Einstein procedían de la estirpe de Abraham en su variante germanófoba. El eterno odio al judío tomaba, así, una formulación vistosa. Pero tampoco era superfluo señalar el hecho: permitía contemplar su alcance, ya sin veneno. Entre las “culturas nacionales” de la Europa moderna, la judeo-alemana — la de los hebreos que escriben en alemán— es, quizás, una de las más ilustres, o, en cualquier caso, no es la menos vigorosa. Empezó con Heirrie. Y para añadir, al azar, otros apellidos de fama, podríamos echar mano de un vasto repertorio: desde la popular banalidad de los Zweig y los Ludwig hasta la última hornada, aún de moda, de Marcuse, Adorno, Fisher, Benjamín, pasando por Kafka, claro está, y por un grupo eminente de Nobeles en ciencias, y por otro grupo igualmente egregio de filósofos, tan dispares como Scheler y Wittgenstein.

Sería un grave error incluir a esta gente en el marco de una “cultura alemana”, o ni siquiera, con más anchura, “germánica”. Hitler se encargó de destruir el equívoco. De paso, Hitler, su guerra y sus hornos crematorios, destruyeron también la posibilidad de subsistir a esa apasionante, genial, enfermiza “cultura” de los “ghettos” centroeuropeos. Raras veces se habla de este aspecto del genocidio nazi. Se da preferencia, y con razón, a las altas cifras de la demografía inmolada. Con todo, sacrificar una “cultura” tampoco es ninguna broma. Digo yo. La “Intelligentsia” mosaica en cuestión, a partir del 1933, hubo de sufrir un plus de diáspora. Marcuse ahora escribe en Inglés y dicta —o dictaba— sus lecciones al otro lado de Atlántico; Wittgenstein le precedió, a Inglaterra. Etcétera.



Sigmund Freud, padre del psicoanálisis

No es fácil ser judío. Nunca pudo serlo. Un pueblo que se imaginaba situado en la intimidad de Dios, “escogido”, tuvo que llevar una vida difícil en esta especie de relaciones: la Biblia lo certifica. Luego, cuando los gentiles le vencieron y le dispersaron, la cosa adquirió un dramatismo feroz. No hará falta recordarlo: desde los progroms medievales a la matanza de la Solución Final hitleriana, la peripecia carece de equivalentes. En sus etapas y en los sitios de mayor tranquilidad y tolerancia, sin embargo, ser judío seguía siendo una amargura irreprimible: La cultura judeo-alemana a que me he referido, con haber gozado –hasta cierto punto– de una notable vivacidad creadora, acusa en sus rasgos esenciales la angustia de sus orígenes étnico-sociales. “Algo” les separaba de los alemanes más o menos arios: de sus colegas no demasiado vinculados a Jehová. La comunidad de idioma no era

suficiente para constituirles en cultura única... De la matriz talmúdica surge el Psicoanálisis. Circunciso era Freud, y de familias hebreas venían sus discípulos inmediatos. Era un clan predeterminado por la raza. Tal vez no podía ocurrir de otro modo. Fue una reunión de neuróticos. Nadie llegará a entender nada del Psicoanálisis si olvida que nació de una abrupta efervescencia psicopática. Las noticias filtradas acerca de los primeros años del círculo freudiano son aparatosamente ilustrativas...

En realidad, todos los “complejos” que Freud creyó descubrir tienen, como base, un “complejo” deliberadamente descartado: el complejo de judío. Cuando se hojea una biografía de Sigmund Freud, saltan a la vista, enseguida, una lista de complejos que el “Doktor” sufría: el de Edipo, para comenzar; el de señor bajito, que no es ninguna tontería; el de maestro, siempre temeroso de que sus alumnos le robasen las ideas; el de... Bueno, lo mismo da. El optó por no tenerlos en cuenta: se fijó únicamente en los que parecían derivar de la sexualidad. ¿No era un truco para desviar su atención del primer y más grueso “complejo” que le aquejaba, el racial? La congoja de ser judío le era más próxima que cualquier otra: incluso que la de la talla. Y la compartía con todos, o la mayoría, de sus seguidores... Sea o no como insinúo, es evidente que la pandilla entera andaba muy mal del “alma”. Un día, se advirtieron tan aberrantes, que decidieron someterse a un “análisis” mutuo: se veían los unos a los otros como unos pozos insondables de malestar psíquico. Un par de ellos acabaron suicidándose: Victor Tausk y Herbert Silberer. Que se suicide un botánico, o un ingeniero, o un tenedor de libros, o un poeta lírico, son cosas que pasan y no ponen en cuestión su entidad profesional. Pero un psicoanalista...El propio Freud calificó Adler de “paranoico maligno”, y a Jung, exactamente, de “loco”. Mal estaba el patio...

Y mala “ciencia” podía salir del cotarro. Pudo salir, si no “buena”, al menos una considerable “literatura”. El éxito de Freud no pertenece a las clínicas ni a las cátedras, sino al mundo de los pintores, de los novelistas, de los entretenidos del verso o del ensayismo, y sobre todo, a la inocencia general, que necesitaba palabrejas como “complejo”, “subconsciente”, “ello”, y el resto, para secularizar las antiguas nociones del catecismo o renovarlas, en cuanto a vicios y virtudes, sentido de responsabilidad moral y otras incidencias parecidas. Freud sirve para justificar bellísimos poemas de Eluard o de Aleixandre, horrorosos cuadros de Dalí o de Magritte, novelistas de diversa calidad. A Freud no le atraía el riesgo de la terapia: no pretendía “curar”. Su propósito era, ante todo, “investigar”. Investigó sobre unas pocas docenas de pacientes: con tan modesto material montó una gloriosa operación literaria. Fue un Balzac del alma, por decirlo afablemente. Cualquier libro de Freud posee los atractivos de una novela de “La Comedia Humana”, y, bien mirado, es una aportación a la “comedia humana”, en el rango humilde de la observación -o auto observación literaria: acientífica. O del desahogo. Freud era un puritano, una reminiscencia rabínica tamizada por el Imperio Austro-Húngaro oficialmente católico: se habría escandalizado al sopesar el “libertinaje” que sus dispositivos intelectuales desencadenaban. Hoy, hasta el currinche más anodino, los párrocos preconciarios, los ejecutivos de todo calibre, los tenderos, las empleadas del hogar, en sus conversaciones habituales, hablan del “complejos” y de “subconscientes”. Es todo lo que dio de sí el Psicoanálisis.

Que no es poco, naturalmente.